

sociales; el hombre y su dignidad no aparecen por parte alguna, como si el hombre fuera para la economía y no ésta para el servicio

preguntarle su opinión, me respondió secamente "el hombre es una cifra".

Punto y Aparte

La estética del estómago vacío

Margaritainés Restrepo SantaMaría

¿Qué va a pasar con Martín? ¿Y con Vicente? ¿Dónde están sus cigarrillos, sus galletas y sus dulces? ¿En qué irán a parar Luis y sus frutas?

En cuestión de horas, máximo de días, observé una enorme transformación en las aceras. Se esfumaron ellos. Uno, cinco, veinte, muchos rostros que ya eran familiares. Se esfumaron mujeres y hombres, carretas y carros, cartones y confites, naranjas, papitas, frescos y puchos. Y, con ellos, también se esfumaron paquetes y bolsas llenas de esperanzas.

Fue un éxito la labor desarrollada por las autoridades, en Semana Santa. No descansaron. Entre el dolor del viernes y la resurrección del domingo decomisaron 380 ventas sin licencia.

Y la campaña sigue. Y hay multas hasta de cinco mil pesos, porque el decreto 149 de 1985 así lo decide.

Un éxito que complace a quienes sostienen que hay que acabar con una competencia desleal para los comerciantes organizados. Un éxito que obedece a la necesidad de garantizar el cumplimiento de las normas. Que responde a la idea de no tolerar los sistemas de encarecimiento de algunos artículos y la explotación -a base de subcontratos- que promueven los grandes capos de las ventas ambulantes. Un éxito que pretende darle a Medellín un toque estético, menos feo, más cómodo para los peatones. Un éxito que puede justificarse de muchas maneras, pero que no logra destruir el

fantasma que lleva de gancho. El fantasma del desempleo. De un desempleo real, no psicológico, como lo manifestaba una noche, en la mesa de un restaurante, un hombre con acento extranjero.

Sí. Ahí está la fuerza de la norma. Ahí están las garantías para los comerciantes entablados y las comodidades para los peatones. Claro que la estética de la ciudad se afecta, y la imagen que se quiere ofrecer al turista se distorsiona.

Pero... Tal vez es más feo y antiestético el interior de los hogares que pierden un ingreso básico para su sustento. Tal vez son más feos el hambre, y la angustia que produce no tener un trabajo que permita alimentar cinco o siete bocas que se tienen a cargo. Tal vez es más feo comprobar un aumento en la población de las cárceles, por el hurto que estimula el desempleo. Y sigue siendo, quizá, más feo soportar la existencia de recintos inactivos de burócratas -seguramente más estéticos y personalmente más rentables que una carretilla- que ni siquiera producen ideas para vender en un fin de Semana Santa, en una chaza, en una esquina.

Definitivamente el éxito de la administración pública y el éxito de la comunidad muchas veces no coinciden. La urgencia de armar una ciudad con todo el orden, con todas las de la ley, ahoga el grito de los bolsillos resecos, de la desnutrición, de las casas con piso de tierra y sin servicios, de los niños sin educación.

Bueno. Es cuestión de decidir... entre la estética de la ciudad y la estética del estómago vacío.